

delicadas y graciosas [sierras] y se reogen, se ciñen femininamente la fragosidad de sus faldas (PÁG. 552).

De la misma obra son estos otros ejemplos:

una higuera vieja desenterraba sus manos trágicas de raíces (PÁG. 513); un trozo de luna muestra el contorno de la costa desnuda y ruborosa, porque hay en la noche de la playa una emoción delicada de mujer (PÁG. 529); los árboles se retuercen con gesto de dolor y de penitencia (PÁG. 552).

En *El abuelo del rey* la humanización de lo inanimado adquiere un tono ético:

Esas casas de crudos afeites y colores parecían las ranceras de la arquitectura de Serosca. En la calle de don Lorenzo todas las casas eran de piedras desnudas, castas y morenas (PÁG. 473).

En *Estampas del agua, del río y del mar* se dice de un río que

subía para tocar las puntas de los cabellos lisos, desmayados, inmóviles, de virgen primitiva, de las salgueras y lianas, y los cabellos impetuosos y trágicos de los zarzales (PÁG. 669).

En *Años y leguas* se encuentran varias bellas estampas de humanización de lo inanimado. Véase este ejemplo:

Todo el caserío se arrebató por un otero, y sube triangularmente. Las cuencas de las ventanitas y de los desvanes; los labios de los postigos; todas las casas se fijan en Sigüenza y le preguntan, atónitas, fisgonas, durmiéndose; y las que tienen la sombra en un rincón de la ceja del dintel, le miran de rojo. Algunas rebullen sin frente, porque en seguida les baja la visera pardal del tejado; otras tienen la calva hucuda y ascética del muro que prosigue. Arriba, la parroquia, de hastiales lisos, y en medio, el campanario, con una faz quemada de sol y la otra en la umbría; un esquilon a cada lado de la nariz de la cequina (PÁG. 951) <sup>21</sup>.

